

Los desgraciados que fueron asesinados, cuando la "Commune" en los sótanos de la Opera, no están enterrados por esa parte. Yo diré dónde se pueden encontrar sus esqueletos, muy lejos de esta inmensa cripta donde se habían acumulado durante el sitio toda especie de provisiones de boca. He sido puesto sobre esta pista buscando justamente los restos del fantasma de la Opera, que no hubiera encontrado sin la casualidad inaudita del entierro de las voces vivientes.

¡Pero ya volveremos á hablar de este cadáver y de lo que conviene hacer con él. Ahora, me conviene terminar este necesario prefacio dando las gracias á los modestos comparsas que, como el comisario de policía Mifrid. (llamado en otro tiempo á hacer las primeras averiguaciones cuando la desaparición de Cristina Daé,) como el antiguo secretario Remy, el antiguo administrador Mercier, el antiguo maestro de coros Gabriel, y, más particularmente, como la baronesa de Castelot-Barbezac, que fué en otro tiempo la "pequeña Meg", de lo que no se avergüenza, y como la más encantadora estrella de nuestro cuerpo de baile, la hija mayor de la antigua acomodadora señora Giry, que abría el palco del fantasma, me fueron de la más grande utilidad y gracia á los cuales voy á poder revivir, con el lector, en sus más pequeños detalles, aquellas horas de puro amor y de esparto.

I

¿ES EL FANTASMA?

Aquella noche, que era la de la última función de gala dada por los señores Debiene y Poligny, directores dimisionarios de la Opera, con motivo de su salida, el cuarto de la Sorelli, una de las primeras figuras del baile, fué repentinamente invadido por media docena de las señoritas del cuerpo de baile que subían del escenario después de haber "baillado" "Poliuto." Todas se precipitaron con gran confusión, las unas dejando oír carcajadas excesivas y poco naturales y las otras gritos de terror.

La Sorelli, que deseaba estar sola para repasar el pequeño discurso que debía pronunciar dentro de un momento en el saloncillo, ante los señores Debiene y Poligny, había visto con mal humor á toda aquella multitud aturdida meterse detrás de ella. Se volvió, pues, hacia sus camaradas, y preguntó inquieta á qué obedecía tan tumultuosa ovación. La pequeña Saint-James—nariz de las que gustan en Grévin, ojos de miosotis, mejillas de rosas, garganta de azucena—fué la que dió la razón en tres palabras, con voz temblorosa y ahogada por la angustia.

—¡Es el fantasma!

Y cerró la puerta con llave. El cuarto de la Sorelli era de una elegancia oficial y vulgar. Un espejo de cuerpo entero, un diván, un tocador y unos armarios componían el mueblaje necesario. En las paredes unos cuantos grabados, recuerdos de su madre, que había conocido los buenos tiem-

pos de la Opera de la calle Le Peletier. Retratos de Vestris, de Gardel, de Dupont y de Bigottini. Aquel cuarto parecía un palacio á las chicas del cuerpo de baile, que estaban alojadas en cuartos comunes, en los que pasaban el tiempo en cantar, en disputar, en zurrar á los peluqueros y á las mujeres que las vestían, y en obsequiarse con copitas de licores dulces ó de cerveza y hasta de ron, esperando la campanada del avisador.

La Sorelli era muy supersticiosa, y al oír á la Saint-James hablar de fantasma, se estremeció y dijo:

—¡Tontuela!

Y como era la primera en creer en los fantasmas en general y en el de la Opera en particular, quiso en seguida ser informada.

—¿Le habéis visto? preguntó.

—Como la estoy á usted viendo!... respondió gimiendo la Saint-James, que no pudiendo tenerse sobre las piernas se dejó caer sobre una silla.

Y en seguida la pequeña Giry—ojos en forma de ciruela, cabello de tinta, tez tostada y toda piel y huesos—añadió:

—¡Si es él, es muy feo!

—¡Oh! sí, dije el coro de las bailarinas.

Y empezaron á hablar todas á un tiempo. El fantasma se les había aparecido bajo la especie de un señor de frac que se había erguido de repente delante de ellas en el pasillo, sin que se hubiera podido saber de dónde venía. Su aparición había sido tan repentina, que se hubiera podido creer que salía de la pared.

¡Bah! dijo una de ellas que á duras penas había podido con-

servar un poco de tranquilidad, vosotras veis el fantasma en todas partes.

Y era verdad que, hacía unos meses, no se hablaba en la Opera más que de ese fantasma de frac negro que se paseaba como una sombra de arriba á abajo del edificio, que no dirigía la palabra á nadie, al que nadie se atrevía á hablar, y que desaparecía, por lo demás, en cuanto se le había visto, sin que se pudiera saber por dónde ni cómo. No hacía ruido al andar como cumple á un verdadero fantasma. Se había empezado por reírse y por burlarse de aquel aparecido ataviado como un hombre de mundo ó como un enterrador, pero la leyenda del enterrador había tomado pronto proporciones colosales en el cuerpo de baile. Todas pretendían haber encontrado poco ó mucho á aquel ser sobrenatural y haber sido víctimas de sus maleficios. Y las que se reían más fuerte eran las menos tranquilas. Cuando el fantasma no se dejaba ver, señalaba su presencia á su paso por acontecimientos ridículos ó funestos, de los que le hacía responsable la superstición casi general. ¿Había que deplorar un accidente? ¿Una camarada había hecho un gesto indecoroso á alguna de las muchachas del cuerpo de baile? ¿Se había perdido una borla de polvos de arroz? ¿La culpa era del fantasma, del fantasma de la Opera!

En realidad, ¿quién le había visto? Se pueden encontrar tantos señores de frac en la Opera, que no son fantasmas... Pero este frac tenía una especialidad que no tienen todos; era la de vestir á un esqueleto.

Así, al menos, lo decían aquellas señoritas.

Y mostraba, naturalmente, una calavera.

¿Todo esto era serio? La verdad es que la imaginación del esqueleto había nacido de la descripción hecha del fenómeno por José Buquet, jefe de los tramoyistas, que le había visto realmente. Había tropezado—no se puede decir de manos á boca, porque el fantasma no las tenía—con el misterioso personaje, en la escalera que desde la escena baja directamente á los fosos; había tenido tiempo de contemplarle un segundo—pues el fantasma había huído—y había conservado un recuerdo indelible de aquella visión.

Y véase lo que José Buquet ha dicho del fantasma á quien ha querido oírle:

"Es de una prodigiosa delgadez y su frac flota en un armazón de esqueleto. Sus ojos son tan profundos que no se distinguen bien las pupilas inmóviles. No se vé, en suma, más que dos grandes agujeros negros como en los cráneos de los muertos. Su piel, que está estirada sobre la osamenta como un parche de tambor, no es blanca, sino feamente amarilla. Su nariz es tan poca cosa que resulta invisible de perfil, y la ausencia de esa nariz es una cosa horrible de ver. Tres ó cuatro mechones oscuros en la frente y detrás de las orejas hacen el oficio de cabellera."

José Buquet había perseguido en vano á aquella extraña aparición, que desapareció como por magia, sin que él pudiera encontrar su traza.

Este jefe de tramoyistas era un

hombre serio, arreglado, de una imaginación lenta y sobrio. Sus palabras fueron escuchadas con estupor ó interés, y en seguida se encontraron personas que afirmaron que ellas también habían encontrado un frac negro con una calavera.

Las personas sensatas que tuvieron noticia de esta historia, afirmaron al pronto que José Buquet había sido víctima de una broma de alguno de sus subordinados. Y después se produjeron uno á uno incidentes tan curiosos y tan inexplicables, que los más listos comenzaron á atormentarse.

¡Un teniente de bomberos es valiente! ¡Un hombre así no teme á nada y no teme sobre todo al fuego!... Pues bien, el teniente de bomberos en cuestión, que había bajado á hacer una ronda en los fosos y se había aventurado un poco más lejos que lo de costumbre, reapareció de repente en el escenario, pálido, aterrado, temblando, con los ojos fuera de las órbitas, y casi se desmayó en los brazos de la noble madre de la pequeña Saint-James. ¿Y por qué? Porque había visto avanzar hacia él, á la altura de un hombre, pero sin cuerpo, una cabeza de fuego." ¡Y, lo repitió, un teniente de bomberos no tiene miedo al fuego!

Este teniente de bomberos se llamaba Papín.

El cuerpo de baile se quedó consternado. En primer lugar, esa cabeza de fuego no correspondía en modo alguno con la descripción que había hecho del fantasma José Buquet. Se interrogó bien al bombero y se preguntó al jefe tramoyista, á consecuencia de lo cual las bailarinas quedaron persuadi-

das de que el fantasma tenía varias cabezas y cambiaba de ellas como quería. Naturalmente, imaginaron en seguida que corrían los más grandes peligros. Desde el momento en que un jefe de bomberos no facilitaba en desmayarse, las tímidas bailarinas podían invocar numerosas excusas al terror que las hacía escaparse con toda la ligereza de sus piernecitas cuando pasaban por algún agujero obscuro ó por algún corredor mal alumbrado.

De tal modo que, para proteger en la medida de lo posible al monumento sometido á tan horribles maleficios, la misma Sorelli, rodeada de todas las bailarinas y hasta seguida por la morrala de las aprendizas en mallas, había depositado una herradura en la mesa del conserje de la administración, herradura que todo el que entrase en la Opera á otro título que el de espectador, debía tocar antes de poner el pie en el primer escalón.

No he inventado esta herradura ni, por lo demás, esta historia, y todavía hoy se la puede ver en la mesa del vestíbulo, delante del cuarto del conserje, cuando se entra en la Opera por el patio de la administración.

Esto dará rápidamente una idea del estado de ánimo de las bailarinas la noche en que penetramos con ellas en el cuarto de la Sorelli.

—¡Es el fantasma! había exclamado la Saint-James.

Y la alarma de las bailarinas había crecido. Ahora reinaba en el cuarto un angustioso silencio. No se oía más que el ruido de las anhelosas respiraciones. Por fin, la Saint-James, con señales del más

sincero espanto, retrocedió hasta el rincón más lejano del cuarto y murmuró esta sola palabra:

—¡Escuchad!

Pareció, en efecto, á todo el mundo, que se oía detrás de la puerta un ligero roce. Ningún ruido de pasos. Hubiérase dicho que una seda ligera se escurría sobre la tapia. Después, nada.

La Sorelli intentó mostrarse menos pusilánime que sus compañeras. Se acercó á la puerta y preguntó con voz débil:

—¿Quién es?

Pero nadie respondió.

Entonces, sintiendo en ella todos los ojos que espiaban sus menores gestos, se esforzó por ser valiente, y dijo muy fuerte:

—¿Hay alguien detrás de la puerta?

¡Oh! sí, sí, ciertamente, hay alguien detrás de la puerta, repitió aquella pequeña ciruela pasa de Meg Giry, que retuvo heroicamente á la Sorelli por la gasa del tonelete... Sobre todo, no abra usted, Dios mío, no abra usted...

Pero la Sorelli, armada de un puñalito que no la dejaba nunca, se atrevió á volver la llave en la cerradura y á abrir la puerta, mientras las bailarinas reculaban hasta el cuarto de tocador y Meg Giry suspiraba:

—¡Mamá! ¡Mamá!

La Sorelli miró valerosamente hacia el pasillo. Estaba desierto. Una mariposa de fuego, en su prisión de vidrio, arrojaba una luz roja y misteriosa en el seno de las tinieblas, sin lograr disiparlas. Y la bailarina cerró vivamente dando un gran suspiro.

—¡No, dijo, no hay nadie!

—Y sin embargo, le hemos visto bien, afirmó otra vez la Saint-

James, volviendo á colocarse al lado de la Sorelli á pequeños pasos temerosos. Debe de estar rondando por alguna parte. Yo no vuelvo á vestirme. Debíramos bajar todas juntas al saloncillo, para el cumplimiento, y subir todas reunidas.

Y, esto dicho, la muchacha tocó piadosamente el meñique de coral destinado á conjurar la mala sombra. Y la Sorelli dibujó, á hurtadillas, con la punta de la sonrosada uña del pulgar derecho, una cruz de San Andrés en la sortija de madera que llevaba en el anular de la mano izquierda.

La Sorelli, ha escrito un cronista célebre, es una bailarina alta, hermosa, de cara grave y voluptuosa y de talle tan flexible como una rama de sauce. Se dice comunmente de ella que es "una bella criatura." Sus cabellos rubios y puros como el aire coronan una frente mate bajo la cual se encajan dos ojos de esmeralda. Su cabeza se columpia suavemente, como un plumero, sobre un cuello largo elegante y altivo. Cuando baila, tiene cierto movimiento de caderas indescriptible, que da á todo su cuerpo un estremecimiento de inefable languidez. Cuando levanta los brazos y se inclina para comenzar una pirueta, acusando así todo el dibujo del corpiño, y cuando la inclinación de cuerpo hace resaltar la cadera de esta delicosa mujer, parece que es un cuadro propio para hacerse saltar la tapa de los sesos."

En punto á sesos, parece averiguado que no los tuvo, y nadie se lo reprochaba.

La Sorelli dijo otra vez á las bailarinas:

—Hijas mías, debéis tranquiliz-

aros... ¿El fantasma?... Acaso no le ha visto nadie jamás...

—¡Sí, sí! le hemos visto, le hemos visto hace un momento, respondieron las muchachas. ¡Tenía la calavera y el frac, como el día en que se le apareció á José Buquet!

—¡Y Gabriel también lo ha visto!... dijo la Saint-James. ¡Ayer, sin ir más lejos, ayer por la tarde, en pleno día!

—¿Gabriel, el maestro de coros?

—El mismo... ¡Cómo! ¿No sabe usted eso?

—¿Y llevaba el frac en pleno día?

—¿Quién? ¿Gabriel?

—¡No!... El fantasma.

—¡Seguramente que llevaba el frac! afirmó la Saint-James. Gabriel mismo me lo ha dicho... Justamente en eso le ha conocido. Gabriel se encontraba en la oficina del traspunte y, de repente, se abrió la puerta. Era el Persa que entraba. Ya saben ustedes si el Persa tiene mala sombra.

—¡Oh! sí, respondieron en coro las bailarinas, las cuales, en cuanto hubieron evocado la imagen del Persa, le hicieron los cuernos al destino con el índice y el auricular extendidos, mientras que el dedo de en medio y el anular estaban replegados en la palma y retenidos por el pulgar.

—Ya sabéis también si Gabriel es supersticioso, añadió la Saint-James; pero está bien educado, sin embargo, y, cuando ve al Persa, se contenta con meterse la mano en el bolsillo y tocar las llaves... Pues bien, en cuanto se abrió la puerta para dar entrada al Persa, Gabriel no hizo más que dar un salto desde el sillón en que estaba sentado hasta la cerradura

del armario, para tocar hierro. En ese movimiento, se desgarró en un clavo todo un faldón del gabán. Apresurándose á salir, se pegó con la frente en una percha y se hizo un chichón enorme; después, retrocediendo bruscamente, se rozó un brazo en el biombo, cerca del piano; quiso apoyarse en éste, pero tan desgraciadamente, que se le cayó la tapa encima y le aplastó los dedos; saltó como un loco fuera del despacho y calculó tan mal el tiempo para bajar la escalera, que rodó todos los escalones del primer piso. Pasaba yo justamente en aquel momento con mamá, y nos apresuramos á levantarlo. Estaba todo magullado y tenía tanta sangre en la cara, que nos dió miedo. Pero él, en seguida, se puso á sonreírnos y á gritar: "Gracias, Dios mío, por haberme hecho escapar con tan poco!" Le interrogamos entonces, y nos contó la causa de su miedo. ¡Era que, detrás del Persa, había visto al fantasma. "al fantasma con la calavera," como le ha descrito José Buquet!

Un murmullo de terror saludó el fin de esta historia, al que la Saint-James llegó sin aliento, de tal modo la había narrado de prisa, como si la persiguiese el fantasma. Después hubo aún otro rato de silencio, que interrumpió en voz baja la Girý, mientras la Sorelli, muy conmovida, se pulía las uñas.

—José Buquet haría mejor callándose, afirmó la ciruela pasa.

—¿Por qué se ha de callar? le preguntaron.

—Es la opinión de mi mamá, respondió Meg, esta vez en voz muy baja, como si tuviera miedo de ser oída por orejas que no fueran las que allí se encontraban.

—¿Y por qué es la opinión de tu madre?

—¡Silencio! Mamá dice que al fantasma no le gusta que se le fastidie.

—¿Y por qué dice eso tu madre?

—Porque... porque... por nada.

Esta sabia reticencia tuvo el do1 de exasperar la curiosidad de aquellas chicas, que se agruparon alrededor de la Girý y la suplicaron que se explicase. Estaban todas codo con codo, inclinadas en un mismo movimiento de ruego y de espanto. De este modo se comunicaban su miedo unas á otras, y sentían en ello un placer agudo que las helaba.

—¡He jurado no decir nada!... exclamó Meg sin aliento.

Pero las demás no la dejaron tranquila, y tan bien prometieron el secreto, que Meg, que ardía en deseos de contar lo que sabía, comenzó con los ojos fijos en la puerta:

—Pues bien... es á causa del palco...

—¿Qué palco?

—¡El palco del fantasma!

—¿El fantasma tiene un palco?

Ante la idea de que el fantasma tenía su palco, las bailarinas no pudieron contener el gozo funesto de su estupefacción. Todas dijeron:

—¡Oh! Dios mío, cuenta cuenta...

—¡Más bajo! recomendó Meg. Es el primer palco, el número 5, ya sabéis, el primero al lado del proscenio de la izquierda.

—¡Es posible!

—Como lo estáis oyendo... Mamá es la acomodadora... ¿Pero me juráis no contar nada?

—¡Sí mujer! Anda....

—Pues bien, es el palco del fantasma... Nadie ha ido á él hace un mes excepto el fantasma, por supuesto, y se ha dado orden á la administración de no venderle nunca...

—¿Es verdad que el fantasma va á él?

—Sí....

—Entonces va alguien.

—No, no.... "El fantasma va y no hay nadie."

Las bailarinas se miraron. Si el fantasma iba al palco, se le debía ver, puesto que tenía un frac y una calavera. Así se lo hicieron comprender á Meg; pero ésta replicó:

—Justamente! No se ve al fantasma.... No tiene frac ni calavera.... Todo lo que se ha contado sobre su cabeza de calavera y de fuego, es una mentira.... No tiene nada de eso. Se le oye solamente cuando está en el palco. Mamá no le ha visto nunca, pero le ha oído. Mamá lo sabe bien, puesto que es ella la que le da el programa.

La Sorelli creyó que debía intervenir.

—Oye, Giry, tú te estás burlando de nosotras.

La Giry, entonces, se echó á llorar.

—Mejor hubiera hecho callármelo.... Si mamá supiera esto.... Pero es verdad que José Buquet hace mal de ocuparse de cosas que no le importan.... Eso le traerá algún disgusto gordo.... Mamá se lo decía anoche mismo.

En este momento se oyeron unos pasos fuertes y apresurados en el pasillo, y una voz anhelosa que gritaba:

—¡Cecilia! ¡Cecilia! ¿Estás ahí?

—¡Es la voz de mamá! dijo la Saint-James. ¿Qué hay?

Y abrió la puerta. Una arrogante dama, de estatura de granadero pomerano, se metió en el cuarto y se dejó caer gimiendo en una butaca. Sus ojos giraban enloquecidos é iluminaban lúgubrementes su cara de ladrillo recocho.

—¡Qué desgracia! dijo. ¡Qué desgracia!

—¡Qué! ¿Qué hay?

—José Buquet....

—Y bien....

—¡José Buquet ha muerto!

El cuarto se llenó de exclamaciones, de protestas y de preguntas aterrorizadas....

—Sí, se le acaba de encontrar ahorcado en el tercer foso....

—¡Es el fantasma! dejó escapar como á pesar suyo la Giry; pero se arrepintó inmediatamente y se puso los puños en la boca. ¡No, no, no he dicho nada.... no he dicho nada....

A su alrededor, todas sus compañeras repetían en voz baja:

—¡Seguramente! ¡Es el fantasma!

La Sorelli estaba muy pálida....

—Jamás podré pronunciar mi discurso, dijo.

La mamá de la Saint-James dió su opinión vaciando una copita de licor que estaba encima de una mesa: debía de andar de por medio el fantasma....

La verdad es que nunca se ha sabido bien cómo había muerto José Buquet. El sumario no dió ningún resultado, fuera del suicidio natural. En las Memorias de un Director, el señor Moncharmin, que era uno de los dos que sucedían á los señores Debienne y Poligny, cuenta así el incidente del ahorcado:

"Un lamentable incidente vino á turbar la fiesta que los señores

Debienne y Poligny, celebraban para solemnizar su salida. Estaba yo en el despacho de la dirección, cuando vi entrar de repente á Mercier, el administrador. Estaba como loco al hacerme saber que se acababa de descubrir, ahorcado en el foso de la escena, entre una granja y una decoración del Rey de Lahore, el cuerpo de un maquinista. Yo exclamé: ¡Vamos á descolgarle! El tiempo que empleé en bajar por la escalera del bastidor, y el ahorcado no tenía ya su cuerda...."

He aquí un acontecimiento que el señor Moncharmin encuentra natural. Un hombre está ahorcado con una cuerda, se le va á descolgar, y la cuerda ha desaparecido. El señor Moncharmin ha encontrado una explicación muy sencilla. Escuchadle: era la hora del baile y las bailarinas habían tomado muy de prisa sus precauciones contra la "mala sombra." Ni más ni menos. Figúrense ustedes el cuerpo de baile bajando la escala del bastidor y repartiéndose la cuerda del ahorcado en menos tiempo del que hace falta para escribirlo. Esto no es serio. Cuando pienso, por el contrario, en el sitio exacto en que el cuerpo fué encontrado—en el tercer foso de la escena—imagino que podía haber allí en alguna parte un interés en que aquella cuerda desapareciese después de haber surtido su efecto, y veremos más adelante si hacía yo mal en imaginar tal cosa.

La siniestra noticia se había difundido muy de prisa de arriba á debajo de la Opera, donde José Buquet era muy querido. Los cuartos se quedaron vacíos, y las bailarinas, agrupadas alrededor de la Sorelli como carneros miedosos

en torno del pastor, tomaron el camino del saloncillo á través de los corredores y de las escaleras mal alumbradas, trotando con toda la rapidez de sus patitas color de rosa.

II

LA NUEVA MARGARITA

En el primer descansillo, la Sorelli se encontró con el conde de Chagny que subía. El conde, de ordinario tan tranquilo, parecía muy exaltado.

—Iba á su cuarto de usted, dijo el conde saludando á la primera bailarina de un modo muy galante. ¡Ah! Sorelli, que hermosa velada... ¡Y qué triunfo el de Cristina Daé!

—¡Es posible!... dijo protestando Meg Giry. ¡Hace seis meses cantaba como un gorrión!... Pero déjenos usted pasar, "mi querido conde," añadió la chiquilla con una reverencia traviesa: vamos á saber noticias de un pobre hombre que se ha encontrado ahorcado.

En este momento pasaba muy diligente el administrador, que se detuvo de pronto al oír aquella frase.

—¡Cómo! ¿Ya saben ustedes eso, señoritas? dijo en tono bastante rudo.... Y bien, olvidenlo por esta noche, se los ruego... y sobre todo que los señores Debienne y Poligny no se enteren; la cosa los disgustaría demasiado para ser su último día.

Todo el mundo se fué al saloncillo del baile, que estaba ya invadido.

El conde de Chagny tenía razón;

Jamás una función de gala fué comparable á aquella; los privilegiados que asistieron hablan todavía de ella á sus hijos y á sus nietos con un recuerdo emocionado. Téngase en cuenta que Gounod, Meyer, Saint-Saens, Massenet, Guiraud y Delibes subieron alternativamente al puesto del director de orquesta y dirigieron ellos mismos la ejecución de sus obras. Tuviéron, entre otros intérpretes, á Faure y á la Krauss, y aquella noche se reveló á todo París, estupefacto y embriagado, esa Cristina Daé cuyo misterioso destino quiero dar á conocer en esta obra.

Gounod había hecho ejecutar la marcha fúnebre de una "Marianette;" Meyer su bella sinfonía "Danza Macabra" y una "Réverie" oriental; Massenet una "Marcha Húngara" inédita; Guiraud su "Carnaval;" Delibes el vals lento de "Silvia" y los "pizzicati" de "Coppelia. La Krauss y Dionisia Bloch habían cantado, la primera el bolero de las "Vespers Sicilianas," y la segunda el brindis de "Lucrecia Borgia."

Pero todo el triunfo había sido para Cristina Daé, que se había hecho oír primeramente en unos pasajes de "Romeo y Julieta." Era la primera vez que la joven artista cantaba esa obra de Gounod, obra que, por lo demás, no había sido aún transportada á la Ópera, y que la Ópera Cómica acababa de representar después de haber sido creada en el antiguo Teatro Lírico por la Carvalho. ¡Ah! ¡hay que compadecer á los que no han conocido su gracia cándida, á los que no se han conmovido á los acentos de su seráfica voz ni han sentido volar el alma con la suya por encima de las tumbas de los

amantes de Verona: "¡Señor! ¡Señor! ¡Perdónanos!"

Pues bien, todo esto no era nada todavía al lado de los acentos sobrehumanos que hizo oír en el acto de la cárcel y en el terceto final de "Fausto," que cantó para reemplazar á Carlota, que estaba indispueta. No se había oído nunca cosa semejante.

Lo que revelaba la Daé, era la Margarita nueva, una Margarita de un esplendor y de una irradiación todavía no sospechadas.

La sala entera, en pie, estremecida, dando voces como loca, había saludado con los mil clamores de su indescriptible emoción á Cristina, que sollozaba y desfallecía en los brazos de sus camaradas. Hubo que transportarla á su cuarto, y parecía que había entregado el alma. Un gran crítico fijó el recuerdo inolvidable de este minuto maravilloso en una crónica que él titulaba justamente "La nueva Margarita." Como un gran artista que era, descubrió sencillamente que aquella hermosa y dulce niña había llevado aquella noche, al escenario de la Ópera, algo más que su arte, su corazón. Ninguno de los amigos de la Ópera ignoraba que el corazón de Cristina había permanecido puro como á los quince años, y el crítico declaraba "que para comprender lo que acababa de suceder con la Daé, "se veía en la necesidad de imaginar que ésta acababa de amar por primera vez." Soy, acaso, indiscreto, añadía, pero sólo el amor es capaz de realizar tal milagro y tan repentina transformación. Hemos oído hace dos años á Cristina Daé en el concurso del Conservatorio, y nos dió entonces una esperanza encantadora. "¿De dónde viene lo

sublime de hoy? . . . Si no baja del cielo en alas del amor, habrá que pensar que sube del infierno y que Cristina, como el cantante Offerdingen, ha hecho un pacto con el diablo." Quien no ha oído á Cristina cantar el terceto final de "Fausto," no conoce el "Fausto"; la exaltación de la voz y el entusiasmo sagrado de un alma no pueden ir más allá.

A todo esto, algunos abonados protestaban. ¿Cómo se les había podido disimular tanto tiempo semejante tesoro? . . . La Daé había sido hasta entonces un Siebel aceptable al lado de la Margarita demasiado espléndidamente material que hacía la Carlota, y había sido precisa la ausencia incomprendible de la Carlota en aquella función de gala, para que, á última hora, la Daé pudiera revelar todo su mérito en una parte del programa reservada á la diva española. . . . En fin, ¿cómo era que los señores Debienné y Poligny, privados de la Carlota, se habían dirigido á la Daé? . . . ¿Conocían, pues, su genio oculto? ¿Y por qué le ocultaban si le conocían? ¿Y por qué le ocultaba ella? . . . Cosa rara, no se le conocía maestro actual. En varias ocasiones había declarado que, en adelante, estudiaría sola. Todo esto era inexplicable.

El conde Chagny había asistido, en pie en su palco, á aquel delirio, y había tomado parte en él con sus ruidosos bravos.

El conde de Chagny (Felipe, Jorge, María) tenía entonces exactamente cuarenta y un años. Era un gran señor y un buen mozo. De estatura más que mediana, de cara agradable á pesar de su frente dura y de sus ojos algo fríos, tenía una finura refinada con las

mujeres y era un poco altanero con los hombres, que no siempre le perdonaban sus éxitos en el mundo. Tenía un excelente corazón y una honrada conciencia. Por la muerte del viejo conde Filiberto, había llegado á ser el jefe de una de las más ilustres familias de Francia, cuyos cuarteles de nobleza remontan á Luis el Hutín. La fortuna de los Chagny era considerable, y cuando el conde, que era viudo, murió, no fué floja tarea para Felipe la de administrar tan pingüe patrimonio. Sus dos hermanas y su hermano Raúl no quisieron oír hablar de particiones y dejaron la fortuna indivisa, remitiéndose en todo á Felipe, como si no hubiera dejado de existir el derecho de primogenitura. Cuando se casaron las dos hermanas—en el mismo día—tomaron la parte de su fortuna de manos de su hermano, no como una cosa que les pertenecía, sino como un dote por el que le expresaron su reconocimiento.

La condesa de Chagny, de la familia de Moerogis de la Martynière, murió al dar á luz á Raúl, nacido veinte años después de su hermano mayor. Cuando murió el viejo conde, Raúl tenía diez años, Felipe se ocupó activamente de la educación del muchacho y fué admirablemente secundado en esta misión por sus hermanas en primer lugar y después por una tía anciana, viuda de marino, que vivía en Brest y que aficionó al joven Raúl á las cosas de mar. El joven entró en "El Borda," salió con uno de los primeros números é hizo tranquilamente su viaje á la vuelta al mundo. Gracias á poderosos apoyos, acababa de ser designado para formar parte de la expedición oficial del "Requin,"

que tenía la misión de buscar en los hielos del ol á los supervivientes de la expedición oficial del "d'Artois," de los que no se tenían noticias hacía tres años. Mientras tanto, estaba gozando de una larga licencia de seis meses, y las nobles ancianas del aristocrático "faubourg," al ver á aquel lindo muchacho, que parecía tan frágil, le compadecían ya por los rudos trabajos que le esperaban.

La timidez de aquel marino, y bien pudiera decirse su inocencia, era notable. Parecía que había sufrido el día antes de manos de las mujeres. Y en realidad, mimado por sus hermanas y por su anciana tía, había conservado de esta educación puramente femenina maneras casi tan cándidas é impregnadas de un encanto que nada hasta entonces había podido empañar. En aquella época tenía un poco más de veintidós años y representaba diez y ocho. Poseía un bigotillo rubio, hermosos ojos azules y un cutis de señorita.

Felipe mimaba mucho á Raúl. En primer lugar, estaba orgulloso de él y preveía con júbilo una carrera gloriosa para su hermano menor en aquella marina en la que uno de sus antepasados, el famoso Chagny de la Roche, había desempeñado el cargo de almirante. Felipe aprovechaba la licencia del joven para enseñarle París, que éste ignoraba casi, en lo que podía ofrecer de goces lujosos y de placeres artísticos.

El conde estimaba que á la edad de Raúl el exceso de prudencia no es enteramente prudente. Era el de Felipe un carácter muy bien equilibrado, ponderado en sus trabajos como en sus placeres, siempre de una corrección perfecta é

incapaz de dar á su hermano un mal ejemplo. Le llevaba á todas partes con él. Y hasta le hizo conocer el saloncillo del baile. Ya sé yo que se contaba que el conde estaba exageradamente bien con la Sorelli. Pero no se podía considerar como un crimen en aquel aristócrata soltero, y que, por consecuencia, tenía á su disposición mucho tiempo desocupado, sobre todo desde que sus hermanas estaban establecidas, que fuese á pasar una hora ó dos, después de comer, en compañía de una bailarina que, evidentemente, no era muy distinguida, pero que tenía los más hermosos ojos del mundo. Y además, hay sitios en los que un verdadero parisiense, cuando tiene la categoría del conde de Chagny, debe mostrarse, y en esta época, el saloncillo del baile de la Opera era uno de esos sitios.

En fin, acaso el conde no hubiera llevado á su hermano á los bastidores de la Opera, si éste no hubiera sido el primero, en varias ocasiones, en pedirselo con una dulce obstinación de la que el conde debía acordarse más adelante.

Felipe, después de haber aplaudido aquella noche á la Daé, se había vuelto hacia Raúl y le había visto tan pálido, que se quedó asustado.

—¿No estás viendo, le dijo Raúl, que esa mujer está á punto de desmayarse?

Y, en efecto, en la escena, los cantantes tenían que sostener á Cristina Daé.

—Tú, si que te vas á desmayar... dijo el conde inclinándose hacia Raúl. ¿Qué tienes?

Pero Raúl estaba ya en pie.

—Vamos, dijo con voz conmovida.

—¿A dónde quieres ir, Raúl? le preguntó el conde, asombrado de la emoción que notaba en su hermano menor.

—¡Vamos á ver! ¡Es la primera vez que canta de ese modo!

El conde examinó curiosamente á su hermano y se dibujó en sus labios una ligera sonrisa.

—¡Bah!... Y añadió en seguida: ¡Vamos, vamos!

Felipe parecía encantado.

Pronto estuvieron en la entrada de los abonados, que estaba llena de gente. Mientras esperaban para entrar en el escenario, Raúl desgarró los guantes en un movimiento inconsciente. Y Felipe, que era bueno, no se burló de su impaciencia. Pero sabía á qué atenerse. Sabía ya por qué Raúl estaba distraído cuando le hablaba y por qué aparecía experimentar tan vivo empeño en que sus conversaciones fuesen á parar á hablar de la Opera.

Entraron en el escenario.

Una multitud de hombres de frac se agolpaba hacia el saloncillo del baile ó se dirigía á los cuartos de los cantantes. A los gritos de los maquinistas se mezclaban las vehementes alocuciones de los jefes de servicio. Los figurantes del último cuadro, que se marchaban, las bailarinas que empujan, un bastidor que pasa, un telón de fondo que baja del telar, un practicable que están sujetando á martillazos, y el eterno "¡ahí va!" que resuena en los oídos como la amenaza de una catástrofe para el sombrero de copa ó de un golpe en los riñones, tales son las emociones habituales de los entreactos para un novicio como el joven del bigotillo rubio, de los ojos azules y del cutis de señorita, que

atravesaba, todo lo de prisa que la aglomeración de gente se lo permitía, aquel escenario en que acababa de triunfar la Daé y de morir José Buquet.

Nunca había sido tan completa la confusión como aquella noche, pero nunca Raúl había sido menos tímido. El joven apartaba con sólidos hombros todo lo que le servía de obstáculo, no se ocupaba de lo que se decía á su alrededor ni trataba de comprender los dichos atrevidos de los maquinistas. Estaba preocupado únicamente por la que le había arrancado el corazón con su voz mágica. Sí, Raúl veía que su corazón nuevo no le pertenecía ya. Había tratado de defenderle desde el día en que Cristina, á la que había conocido muy pequeña, se le volvió á aparecer. Había sentido enfrente de ella una emoción muy dulce que el joven quiso rechazar, pensándolo bien, pues se había jurado, tanto era el respeto de sí mismo y de su fe, no amar sino á aquella que hubiera de ser su mujer, y no podía, naturalmente, pensar ni un segundo en casarse con una cantante. Pero hete aquí que á la emoción muy dulce había sucedido una emoción atroz. ¿Sensación? ¿Sentimiento? Había en aquello algo físico y algo moral. Dolió el pecho como si se le hubiera abierto para quitarle el corazón. Sentía en aquel sitio un hueco horrible, un real vacío, que acaso nunca podría llenarse más que por el corazón de la otra. Son éstos unos acontecimientos de una psicología particular que, según parece, no pueden ser comprendidos más que por aquellos que han sido heridos por el amor con ese extraño golpe que se llama en el lenguaje corriente "flechazo."

El conde Felipe, al que costaba trabajo seguirle, continuaba sonriendo.

En el fondo del escenario, pasada la puerta que se abre ante los escalones que conducen al saloncillo y los que llevan á los palcos de la izquierda de la planta baja, Raúl tuvo que detenerse ante la tropa de pequeñas bailarinas que bajaban de su granero y obstruían el pasaje en el que él quería meterse. Más de una broma le fué dirigida por pequeños labios pintados, bromas á las cuales Raúl no contestó. Por fin pudo pasar y se metió en la sombra de un corredor, ruidoso de las exclamaciones que dejaban oír entusiastas admiradores. Un nombre cubría todos los rumores: ¡La Daé! ¡la Daé! El conde detrás de Raúl iba pensando: "El bribón conoce el camino." Y se preguntaba: "¿Cómo lo habrá aprendido?" Jamás había llevado él mismo á Raúl al cuarto de Cristina. Preciso es creer que el joven había ido solo mientras el conde estaba, como de ordinario, charlando con la Sorelli, que le rogaba á menudo que estuviese á su lado hasta que entraba en escena, y que tenía á veces la manía tiránica de darle á guardar las pequeñas polainas con que bajaba de su cuarto para garantizar el brillo de sus zapatos y la limpieza de su malla color de carne. La Sorelli tenía una excusa: había perdido su madre.

El conde, aplazando unos minutos la visita que debía á la Sorelli, siguió, pues, la galería que llevaba al cuarto de la Daé y echó de ver que nunca había estado tan frecuentada como aquella noche, en la que todo el mundo parecía alterado por el éxito de la artista,

y también por su desmayo. Porque la hermosa niña no había vuelto todavía en sí, y habían ido á buscar al médico del teatro, que llegó en este momento, empujando á los grupos y seguido de cerca por Raúl, que iba pisándole los talones.

De este modo, el médico y el enamorado se encontraron al mismo tiempo al lado de Cristina, que recibió los primeros cuidados del uno y abrió los ojos en los brazos del otro. El conde se había quedado con otras muchas personas, en el umbral de la puerta, ante la cual se ahogaba la gente.

—No le parece á usted, doctor, que esos señores debieran desocupar un poco el cuarto? preguntó Raúl con increíble audacia.

—Tiene usted muchísima razón, respondió el doctor. Y puso en la puerta á todo el mundo, menos á Raúl y á la doncella.

Esta miraba á Raúl con ojos agrandados por el más sincero asombro. No le había visto en su vida.

No se atrevió, sin embargo, á interrogarle.

Y el médico pensó que cuando aquel joven obraba de tal modo, era evidentemente que tenía derecho para hacerlo. De tal manera que el vizconde se quedó en el cuarto, contemplando cómo la Daé renacía á la vida, mientras que los mismos directores, señores Debiénne y Poligny, que habían ido á expresar su admiración á la cantante, eran rechazados al pasillo con la multitud de los señores de frac. El conde de Chagny, puesto en la puerta como los demás, se reía á carcajadas.

—¡Ah! el muy bribón.... ¡Ah! el muy pillito....

Y añadía "in petto": ¡Fíese usted de los jovencitos que parecen niñitas!

Felipe estaba radiante, y acabó por decir: ¡Es un Chagny!....

Después se dirigió al cuarto de la Sorelli; pero ésta bajaba al saloncillo con su pequeño rebaño temblando de miedo, y el conde la encontró en el camino, como ya hemos dicho.

En el cuarto, Cristina Daé había lanzado un suspiro, al que respondió otro de entusiasmo. La cantante volvió la cabeza, vió á Raúl y se estremeció. Miró al doctor y le dirigió una sonrisa. Después miró á la doncella y otra vez á Raúl.

—Caballero, preguntó á este último con una voz que no era más que un aliento, ¿quién es usted?

—Señorita, respondió el joven, que hincó una rodilla en el suelo y depositó un ardiente beso en la mano de la diva: señorita, "soy el niño que fué á recoger su pañoleta en el mar."

Cristina miró otra vez al médico y á la doncella, y los tres se echaron á reír. Raúl se levantó muy encarnado.

—Señorita, puesto que no quiere usted reconocerme, quisiera decir á usted una cosa en secreto, una cosa muy importante.

—Cuando esté mejor, caballero, ¿quiere usted? Es usted muy amable.

Pero es necesario que se vaya usted.... añadió el médico con su más amable sonrisa. Déjeme usted cuidar á esta señorita.

—Ya no estoy mala, dijo de repente Cristina con una energía tan extraña como inesperada.

Y se levantó, pasándose con gesto rápido una mano por los párpados.

—Doy á usted las gracias, doctor.... Necesito estar sola.... Vayanse ustedes todos, se los ruego.... déjenme.... Estoy muy nerviosa esta noche, y no hay que contrariarme.

Quiso el médico hacer algunas protestas, pero ante la agitación de la joven, estimó que el mejor remedio para tal estado consistía en no contrariarla. Y se fué con Raúl, que se encontró en el pasillo, muy desamparado. El médico le dijo:

—No la conozco esta noche.... ¡Ella, de ordinario tan dulce!

Y le dejó.

Raúl se quedó solo. Toda aquella parte del teatro estaba ahora desierta. Se debía proceder á la ceremonia de la despedida en el saloncillo del baile. Raúl pensó que la Daé iría acaso, y la esperó en la soledad y el silencio. Hasta se escondió en la sombra propicia del hueco de una puerta. Seguía teniendo aquel terrible dolor en el sitio del corazón, y de esto era de lo que quería hablar sin tardanza á la Daé. De pronto se abrió el cuarto y vió á la doncella que se marchaba sola, llevándose unos paquetes. Raúl la detuvo al paso y le pidió noticias de su señora. La doncella le respondió que aquella estaba enteramente bien, pero que no había que molestarla, porque deseaba estar sola. Y se echó á correr. Una idea atravesó el cerebro acalorado de Raúl: evidentemente, la Daé deseaba estar sola "para él." ¿No le había dicho él que deseaba hablarle particularmente, y no era esta la razón por la cual la cantante había hecho el vacío á su alrededor? Respirando apenas, se aproximó al cuarto, y con la oreja pegada á la puerta,

para oír lo que se le iba á responder, se dispuso á llamar. Pero su mano cayó. Acababa de oír en el cuarto una voz de hombre, que decía en un tono singularmente autoritario:

—¡Hay que amarme, Cristina!

—Y la voz de Cristina, horriblemente dolorosa y como acompañada de lágrimas, una voz temblorosa, respondió:

—¿Cómo puede usted decir eso? ¡Yo, que no canto más que para usted!

Raúl se apoyó en la pared, tanto sufría. Su corazón, que él creía fagado para siempre, había vuelto al pecho y le daba unos golpes ruidosos que resonaban en el pasillo y ensordecían las orejas de Raúl. Seguramente, si el corazón seguía haciendo tal estrépito, iban á oírle, se abriría la puerta y el joven sería vergonzosamente arrojado de allí. ¡Qué posición para un Chagny! ¡Escuchar detrás de una puerta!... Raúl se cogió el corazón con las dos manos, á fin de hacerle callar. Pero un corazón no es el hocico de un perro, y hasta cuando se tiene con las dos manos el hocico de un perro que ladra insoportablemente, se le sigue oyendo gruñir.

La voz del hombre siguió diciendo:

—Debes de estar muy cansada.

—¡Oh! esta noche he dado á usted mi alma, y estoy muerta.

—Tu alma es muy hermosa, hija mía, añadió la voz grave de hombre, y te doy las gracias. No hay emperador que haya recibido tal regalo. "Los ángeles han llorado esta noche."

Estas raras frases han sido más adelante referidas textualmente al juez de instrucción Faure por el

que las oyó, y yo no hago aquí más que copiar las cuartillas de un interrogatorio judicial que fué publicado cuando el asunto Chagny por toda la prensa, y del que he encontrado un recorte en los papeles del Perza.

Después de las palabras: "Los ángeles han llorado esta noche", el vizconde no oyó nada más.

No se marchó sin embargo; pero como temía ser sorprendido, se volvió á esconder en su rincón oscuro, decidido á esperar allí á que el hombre saliese del cuarto. Acababa de aprender en el mismo instante el amor y el odio. Sabía á quién amaba y quería saber á quién odiaba. Con gran estupefacción suya se abrió la puerta, y Cristina Daé, envuelta en pieles y con la cara tapada con un encaje, salió sola. La cantante cerró la puerta, pero Raúl observó que no echaba la llave. Cristina pasó, y él no la siguió ni siquiera con los ojos, pues sus ojos estaban en la puerta que no se abría. El pasillo estaba entonces desierto, el joven le atravesó, abrió la puerta del cuarto y la volvió á cerrar después de haber entrado. Se encontraba en la más opaca obscuridad. Habían apagado el gas.

—¡Aquí hay alguien! dijo Raúl con voz vibrante. ¿Por qué se oculta?

Y al decir esto, tenía apoyada la espalda en la puerta cerrada.

La noche y el silencio. Raúl no oía más que el ruido de su propia respiración. Ciertamente, el joven no se daba cuenta de que la indiscreción que estaba cometiendo iba más allá de todo lo que se podía imaginar.

—¡No saldrá usted de aquí hasta que yo lo permita! exclamó el

III.

DONDE, POR PRIMERA VEZ, LOS SEÑORES DEBIENNE Y POLIGNY DAN, EN SECRETO, A LOS NUEVOS DIRECTORES DE LA OPERA, SEÑORES ARMAN MONCHARMIN Y FERMIN RICARD, LA VERDADERA Y MISTERIOSA RAZON DE SU SALIDA DE LA CASA.

Durante este tiempo, se había verificado la ceremonia de la despedida.

Ya he dicho que está magnífica fiesta había sido organizada con ocasión de su salida de la Opera, por los señores Debiene y Poligny, que habían querido morir de un modo bello.

Habían sido ayudados en la realización de este programa ideal y fúnebre por todo lo que tenía entonces alguna importancia, en París, en la sociedad y en las artes. París no olvidaba lo que aquellos dos hombres habían hecho por él en los años difíciles en que no bastaba consagrar el trabajo y la vida sino en que era preciso, sobre todo, en un momento que se resentía aún de las dificultades de la guerra, consentir en el más grande de los sacrificios, "el del dinero". El señor Debiene se había mostrado en aquella ocasión, tan generoso de su propia fortuna, y el señor Poligny tan pródigo de la de los demás, que el público había podido, durante unos dos años, engañarse sobre lo prosperidad de esta noble empresa. Pronto corrieron ruidos lamentables sobre la prudencia de una administración que, por haber sido lujosa y artística, experimentaba las mayores dificultades para salir adelante. En altos lugares

joven enamorado. ¡Si no me responde usted, es un cobarde!... ¡Pero yo sabré desenmascararle!

Encendió una cerilla, y la llama iluminó el espacio ¡No había nadie en el cuarto! Raúl, después de haber tenido cuidado de cerrar la puerta con llave, encendió los globos y las lámparas. Penetró en el cuarto tocador, abrió los armarios, buscó, tentó las paredes con sus manos sudorosas. ¡Nada!

—¿Qué es esto? dijo en voz alta. ¿Me estoy volviendo loco?

Se estuvo así diez minutos, escuchando el silbido del gas en la paz de aquel cuarto abandonado. Aun estando enamorado, no pensó siquiera en robar una cinta que le hubiera llevado el perfume de la amada. Salió sin saber lo que hacía ni á donde iba. En un momento de su incoherente paseo, un aire vivo le pegó en el rostro. Se encontraba en el fin de una escalera, por la que bajaba, detrás de él, un cortijo de obreros inclinados sobre una especie de camilla cubierta con un lienzo blanco.

—¿Dónde está la salida?... dijo á uno de aquellos hombres.

—La está usted viendo enfrente, le respondieron. Pero déjenos pasar.

Maquinalmente, el joven preguntó, señalando á la camilla:

—¿Qué es esto?

—Esto es José Buquet, al que se ha encontrado ahorcado entre un bastidor y una decoración del "Rey de Lahore."

Raúl se apartó para dejar pasar al cortijo, saludó y salió.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

produjese cierto asombro, el gobierno se dignó alarmarse, y habiendo tenido la audacia el comisario de gobierno, y la imprudencia, de hacer alusión delante de los directores, á una situación que no tenía, en suma, nada de desesperada, se cambiaron frases que hicieron difíciles las relaciones entre las oficinas de la Opera y el ministerio. De una parte y de otra, hicieronse pequeñas molestias mezcláronse las damas, y la vida se hizo imposible. Y, sobre todo, á consecuencia de los compromisos contraídos al principio de la gestión, empezó á faltar dinero. La prensa política hizose hostil y no perdió ocasión de echar de menos, en paralelos desagradables, la famosa dirección anterior. A pesar de los consuelos que les prodigaron en otras partes, los señores Debienne y Poligny estaban muy desanimados, cuando el fiasco del baile Endimión, para el que habían hecho los mayores sacrificios, pareció que les hacía pedir gracia. En realidad, tres meses después renunciaban á su privilegio y cedían el puesto á dos personalidades amigas del poder, los señores Armand Moncharmin y Fermín Richard.

Algunos, sin embargo, que conocían el temperamento y el orgullo de Debienne, así como el don de gentes, la flexibilidad de carácter y la habilidad en los negocios de Poligny, siguieron asombrándose de que el uno y el otro hubiesen abandonado tan pronto la partida; y de eso precisamente era de lo que se hablaba aquella noche en el saloncillo del baile, donde la Sorelli esperaba, con una copa de champaña en la mano y un pequeño discurso preparado en la punta de la lengua, á los directores di-

misionarios. Detrás de ella, sus jóvenes y viejas camaradas del baile se agrupaban, las unas hablando en voz baja de los sucesos del día, y las otras dirigiendo discretamente señas de inteligencia á sus amigos que, en multitud charlatana, rodeaban ya el ambigü dispuesto en el suelo inclinado, entre la "danza guerrera" y la "danza campestre" de M. Boulenger.

Algunas bailarinas tenían ya sus trajes de calle, y la mayor parte conservaban sus ligeros toneletes de gasa, pero todas habían creído deber tomar caras de circunstancias. Solamente la pequeña James, cuyas quince primaveras parecían ya haber olvidado en su descuido al fantasma y á José Buquel, no cesaba de charlar, dar saltitos y hacer travesuras, de tal modo que al aparecer Debienne y Poligny en los escalones del saloncito del baile, fué llamada severamente al orden por la Sorelli impaciente.

Todo el mundo observó que los directores dimisionarios tenían un aspecto alegre, lo que en provincias no hubiera parecido natural á nadie, pero fué encontrado de muy buen gusto en París. No será jamás parisiense quien no haya aprendido á poner una máscara de alegría sobre sus dolores y el antifaz de la tristeza, del fastidio ó de la indiferencia sobre su íntima alegría. Si sabéis que un amigo nuestro ha tenido una pena, no tratéis de consolarle, pues os dirá que ya lo está; y si le ha sucedido algún acontecimiento dichoso, guardaos de felicitarle por él, pues encuentra tan natural su buena fortuna, que le extrañará que se le hable de ella. En París se está siempre en el baile de máscaras y

no era en el saloncillo del baile de donde dos personajes tan despiertos como Debienne y Poligny, iban á cometer la falta de mostrar su pena, que era real y estaban ya sonriendo exageradamente á la Sorelli, que empezaba á dar salida á su discurso, cuando una exclamación de aquella loquilla de James fué á disipar la sonrisa de los directores de un modo tan brutal, que la cara de desolación y de espanto que estaba debajo, apareció á la vista de todo.

—¡El fantasma de la Opera!

La James había soltado esta frase en un tono de indecible terror, y su dedo señalaba en el grupo de los fracs negros una cara tan livida, tan lúgubre y tan fea, con los agujeros de los ojos tan profundos, que aquella calavera así designada, obtuvo inmediatamente un éxito loco.

—¡El fantasma de la Opera!...

¡El fantasma de la Opera!... Y todos reían, se empujaban y querían ofrecer de beber al fantasma de la Opera; pero éste había desaparecido. Se había escabullido entre la multitud y se le buscó en vano, mientras dos señores de edad trataban de calmar á la pequeña James y mientras la Giry daba gritos de pavo real.

La Sorelli estaba furiosa, porque no había podido terminar su discurso. Debienne y Poligny la habían besado y dado las gracias, y habían desaparecido con tanta rapidez como el fantasma mismo. Nadie lo extrañó, pues se sabía que tenían que aguantar la misma ceremonia en el piso superior, en el saloncillo del canto, y, en fin, que sus amigos íntimos serían recibidos por última vez por ellos en el gran vestíbulo del despacho de la

dirección donde los esperaba una verdadera cena.

Y allí es donde los volveremos á encontrar con los nuevos directores, señores Armand Moncharmin y Fermín Richard. Los primeros apenas conocían á los segundos, pero les prodigaron grandes protestas de amistad, á las que ellos respondieron con mil cumplimientos, de tal suerte que los convidados, que habían temido una velada un poco triste, mostraron inmediatamente caras regocijadas. La cena fué casi alegre, y habiéndose presentado la ocasión de varios brindis, el comisario del gobierno estuvo en ellos tan hábil, mezclando la gloria del pasado con los éxitos del porvenir, que pronto reinó la cordialidad entre los invitados. La transmisión de poderes se había hecho la víspera, lo más sencillamente posible, y las cuestiones que quedaban por arreglar entre la antigua y la nueva dirección, se habían resuelto bajo la dirección del comisario del gobierno con tan gran deseo de acuerdo de una y otra parte, que, en verdad, nadie podía extrañarse, en aquella noche memorable, de ver cuatro caras de directores tan sonrientes.

Debienne y Poligny habían ya entregado á Moncharmin y Richard las dos llavecitas minúsculas, los llavines que abrían todas las puertas de la Opera,—varios miles. Y las llavecitas pasaban velozmente de mano en mano, siendo objeto de la curiosidad general, cuando la atención de unos cuantos fué distraída por el descubrimiento que acababan de hacer, en el extremo de la mesa, de la extraña, livida y fantástica cara de ojos huecos que se había ya aparecido en el saloncillo del baile y que ha-

bía sido saludada por la James con esta exclamación: "¡El fantasma de la Opera!"

Estaba allí, como el más natural de los convidados, sin más diferencia que la de no comer ni beber.

Los que empezaron por mirarle sonriendo, acabaron por volver la cabeza, de tal modo aquella visión imponía en seguida á la mente los pensamientos más fúnebres. Nadie repitió la broma del saloncillo; nadie gritó: "¡Ahí está el fantasma de la Opera!"

El aparecido no había pronunciado una palabra, y sus mismos vecinos no hubieran podido decir en qué momento preciso había venido á sentarse allí, pero todos pensaron que si los muertos vinieran algunas veces á sentarse en la mesa de los vivos, no podían presentar más fúnebre aspecto. Los amigos de Richard y Moncharmin creyeron que aquel convidado descarnado era un íntimo de Debienne y Poligny, mientras que los amigos de éstos pensaban que aquel cadáver pertenecía á la clientela de aquéllos. De tal modo que ninguna petición de explicaciones, ninguna reflexión desagradable, ninguna broma de mal gusto pudo ofender á aquel huésped de ultratumba. Algunos invitados que estaban al corriente de la leyenda del fantasma y que conocían la descripción hecha de él por el jefe de maquinistas José Buquet, cuya muerte ignoraban, encontraban "in petto" que el hombre del extremo de la mesa hubiera podido pasar muy bien por la realización viviente del personaje creado, según ellos, por la incurable superstición del personal de la Opera. Y, sin embargo, según la leyenda, el fantas-

ma no tenía nariz, y si aquel personaje; pero Moncharmin afirma en sus memorias que la nariz del convidado era transparente. Su nariz, dice, era larga fina y transparente,— y yo añadiré que podía ser muy bien una nariz postiza, Morcharmin pudo tomar por transparencia lo que no era más que brillo. Todo el mundo sabe que la ciencia hace admirables narices postizas para los que han sido privados de ella por la naturaleza ó por alguna operación. ¿Había en realidad el fantasma ido á sentarse, aquella noche, en el banquete de los directores, sin haber sido invitado?... ¿Y podemos nosotros estar seguros de que aquella cara era la del fantasma de la Opera? ¿Quién se atrevería á decirlo?... Si yo hablo de este incidente no es porque quisiera por segunda vez hacer creer, ó intentar hacer creer, al lector que el fantasma hubiera sido capaz de tan soberbia audacia, sino porque, en suma, la cosa era muy posible.

Y daré una razón que parece suficiente. Moncharmin en sus memorias, dice textualmente, capítulo XI: "Cuando pienso en aquella primera noche, no puedo separar la confianza que nos hicieron en su despacho los señores Debienne y Poligny, de la presencia en nuestra cena de aquel fantástico personaje, al que ninguno de nosotros conocía."

He aquí, exactamente, lo que pasó.

Debienne y Poligny, colocados en medio de la mesa, no habían visto aún al hombre de la calavera, cuando éste se puso de repente á hablar.

—Las muchachas del baile tienen razón, dijo. La muerte de ese

pobre Buquet no es caso tan natural como se cree.

Debienne y Poligny se estreñecieron.

—¿Buquet ha muerto? exclamaron.

—Sí, respondió tranquilamente el hombre ó la sombra de hombre. Se le ha encontrado ahorcado esta noche, en el tercer foso, entre una granja y una decoración del "Rey de Lahore".

Los dos ex-directores se levantaron en seguida y miraron fijamente á su interlocutor. Estaban más agitados de lo razonable, es decir, más de lo que es razonable estarlo por haberse ahorcado un jefe de maquinistas. Ambos se miraron; estaban más pálidos que el mantel. Por fin, Debienne hizo seña á Richard y á Moncharmin; Poligny pronunció unas palabras de excusa dirigidas á los convidados, y los cuatro pasaron al despacho de la dirección. Dejó la palabra al señor Moncharmin.

—Debienne y Poligny parecían más agitados á cada momento, dice en sus memorias, y nos pareció que tenían que decirnos algo que les molestaba grandemente, lo primero que hicieron, fué preguntarnos si conocíamos al individuo sentado en el extremo de la mesa, y que les había hecho saber la muerte de José Buquet, y al oír nuestra respuesta negativa, se mostraron aún más alterados. Cogiéronnos los llavines, los examinaron un instante, movieron la cabeza, y nos dieron el consejo de hacer cerradunas nuevas, con todo secreto, para los despachos gabinetes y objetos que quisiéramos tener herméticamente cerrados. Tenían al decir esto una expresión tan rara que nos echamos á reír y les preguntamos si había

ladrones en la Opera. Nos respondieron que había algo peor, que era "el fantasma." Volvimos á reírnos, convencidos de que se estaban entregando á alguna broma que debía de ser como el coronamiento de aquella fiesta íntima. Pero, á ruegos suyos, recobramos nuestra seriedad, decididos á entrar por complacerlos, en aquella especie de juego. Nos dijeron que nunca nos hubieran hablado del fantasma, si no hubieran recibido del mismo la orden formal de comprometernos á estar amables con él y concederle todo lo que nos pidiera. Sin embargo, muy contentos de dejar un dominio en el que reinaba como dueña aquella sombra tiránica y quedar así desembarazados de ella, habían dudado hasta el último momento si debían ponernos al corriente de tan curiosa aventura, para la cual, ciertamente, no estaban preparados nuestros espíritus escépticos; pero el anuncio de la muerte de José Buquet les había recordado bruscamente que cada vez que no habían obedecido las órdenes del fantasma los había hecho volver muy pronto al sentimiento de su dependencia algún acontecimiento fantástico y funesto.

Durante estos discursos inesperados y pronunciados en el tono de la confianza más secreta y más importante, estaba yo mirando á Richard. Richard, cuando era estudiante, tenía la reputación de bromista, es decir, que no ignoraba ninguna de las mil y una maneras que hay de burlarse los unos de los otros, y los porteros del "boulevard" San Miguel lo podrían decir muy bien. Así es que parecía saborear á su gusto el plato que se le servía, aunque

el condimento fuese un poco fúnebre á causa de la muerte de José Buquet. Richard movía la cabeza con tristeza, y su aspecto, á medida que los otros hablaban, íbase haciendo lastimoso como el de un hombre que se arrepintiese amargamente de haberse metido en este negocio de la Opera, ahora que sabía que había un fantasma dentro de ella. Yo no podía hacer nada mejor que copiar servilmente aquella actitud desesperada. Sin embargo, á pesar de nuestros esfuerzos, no pudimos menos, al fin, de soltar la carcajada en las barbas de Debienne y Poligny, los cuales, viéndonos pasar sin transición del estado de ánimo más sombrío á la alegría más insolente, creyeron que estábamos locos.

Como la broma iba prolongándose demasiado, Richard preguntó medio en serio medio en guasa: "Pero, en fin, ¿qué es lo que quiere ese fantasma?"

Poligny se dirigió á su despacho, y volvió con una copia del pliego de condiciones.

El pliego de condiciones empieza con estas palabras:

"La dirección de la Opera estará obligada á dar á las representaciones de la Academia Nacional de Música el esplendor que conviene á la primera escena lírica francesa", y termina por el artículo así concebido:

El presente privilegio podrá ser retirado:

1o Si el director contraviene á las disposiciones estipuladas en el pliego de condiciones, especialmente en los artículos 1, 9 y 49. En el caso, sin embargo, en que el ministro juzgue que debe decretar la destitución del director, podrá imponerle multas de mil á veinticin-

co mil francos, según la gravedad de las infracciones cometidas. Estas multas serán deducidas de la subvención mensual convenida ó de la fianza que, en este caso, deberá ser completada dentro de las veinticuatro horas.

2o. Si el teatro permanece cerrado sin autorización tres días de representación obligatoria.

3o. Si la sala se incendiase.

4o. Si el director es notoriamente insolvente ó se encuentra en un estado de malos negocios, hechos constar por la falta de pago á los artistas, empleados ó agentes, ó por demandas activas ó judiciales que puedan dificultar la libertad de la gestión.

Si al fin de la explotación el director no ha dado el número de actos impuesto por el pliego de condiciones, el ministro podrá imponerle una multa proporcionada á los gastos de poner en escena cada uno de esos actos."

Esta copia, dice el señor Moncharmin, estaba escrita con tinta negra y enteramente conforme con la que nosotros poseíamos.

Sin embargo, vimos que el pliego de condiciones que nos sometía Poligny llevaba al fin un quinto párrafo, escrito con tinta roja y de letra rara y llena de irregularidades, como la de un niño que no ha dejado de hacer palotes y no sabe unir las letras unas con otras. Y ese quinto párrafo, que alargaba tan extrañamente el artículo 98—enunciación de las causas por las cuales puede ser retirado el privilegio—decía textualmente:

5o. "Si el director retarda más de quince días la mensualidad que debe al fantasma de la Opera, mensualidad fijada hasta nueva orden

en 20,000 francos—240,000 francos anuales."

Con un dedo vacilante, Poligny nos enseñaba esta cláusula suprema, que nosotros no esperábamos ciertamente.

—¿Nada más? ¿El fantasma no quiere otra cosa? preguntó Richard con la mayor tranquilidad.

—Sí, respondió Poligny.

Volvió á hojear el pliego de condiciones, y leyó:

—Art. 63. —El gran palco proscenio de la derecha será reservado en todas las representaciones para el jefe del Estado.

El palco No. 20, el lunes, y el 30 los miércoles y viernes, serán puestos á la disposición del ministro.

El palco No. 27 será reservado todos los días para uno de los prefectos de policía y del Sena.

El palco No. 12 será puesto en todas las representaciones á la disposición del director del Conservatorio de Música y Declamación, para los alumnos de ese establecimiento.

Y de nuevo, al fin de ese artículo, Poligny nos enseñó unas líneas con tinta roja, que habían sido añadidas.

"El palco No. 5 será puesto en todas las representaciones á la disposición del fantasma de la Opera."

Ante este último rasgo, no pudimos menos de levantarnos y estrechar calurosamente las manos de nuestros predecesores, felicitándoles por haber imaginado aquella encantadora broma, que probaba que la antigua alegría francesa no perdía jamás sus derechos. Richard hasta creyó que debía añadir que comprendía por qué Debienne y Poligny dejaban la dirección de la Opera. No eran posibles los nego-

cios con un fantasma tan exigente.

—Evidentemente respondió sin pestañar Poligny; 240,000 francos no se encuentran en medio del arroyo. ¿Y han contado ustedes lo que puede costarnos el no vender el palco No. 5, reservado al fantasma en todas las representaciones? Sin contar que nos hemos visto obligados á reembolsar el abono. Es horrible. Verdaderamente nosotros no trabajamos para mantener fantasmas... Preferimos marcharnos.

—Sí, repitió Debienne preferimos marcharnos... ¡Vámonos!

Y se levantó.

Richard dijo:

—Pero, en fin, me parece que han sido ustedes demasiado buenos con el fantasma: si yo tuviera un fantasma tan molesto, no vacilaría para hacerle prender...

—¿Pero dónde? ¿Cómo?... respondieron ambos á dúo. ¡No le hemos visto nunca!

—Cuando va á su palco...

—"No le hemos visto nunca en su palco."

—Entonces, haberle vendido.

—¡Vender el palco del fantasma de la Opera!... Pues bien, señores, pruében ustedes...

Dicho esto, salimos los cuatro del despacho de la dirección.

Richard y yo no habíamos nunca reído tanto.

IV

EL PALCO NUMERO CINCO

Moncharmin ha escrito tan voluminosas memorias que, en lo que concierne al período bastante largo de su co-dirección, puede uno

preguntarse si tuvo nunca tiempo para ocuparse de la Opera más que contando lo que pasaba en ella. Moncharmin no conocía una nota de música, pero tuteaba al ministro de instrucción pública, había sido periodista y gozaba de una buena fortuna. En fin, era una excelente persona que no carecía de inteligencia, puesto que, decidido á dirigir la Opera, había sabido elegir el que debía ser un útil director, y se había ido en derechura á Fermín Richard.

Fermín Richard era un músico distinguido y un hombre galante. Hé aquí el retrato que traza de él, en el momento de tomar posesión, la "Revista de Teatros": "El señor don Fermín Richard es un hombre de cincuenta años próximamente, de alta estatura y gran robustez, sin obesidad. Tiene buena apostura y distinción, buen color, recios cabellos cortados y muy cortos y una fisonomía un poco triste, templada en seguida por una mirada franca y recta, unida á una amable sonrisa.

El señor Richard es un músico muy distinguido, armonista hábil, sabio contrapuntista, y cuya característica de composición es la grandeza. Ha publicado música "di camera" muy apreciada de los aficionados, música para piano, sonatas ó piezas sueltas llenas de originalidad, y una colección de melodías. En fin, "La Muerte de Hércules", ejecutada en los conciertos del Conservatorio, respira un aliento épico que hace pensar en Gluck, uno de los maestros venerados por Richard. Sin embargo, si adora á Gluck, no ama menos á Piccini; el señor Richard toma sus placeres donde los encuentra. Lleno de admiración por Piccini, se inclina

ante Meyerbeer, se deleita con Cimarosa y nadie aprecia mejor que él la inimitable gracia de Weber. En fin, en lo que se refiere á Wagner, el señor Richard no está lejos de afirmar que él es el primero en Francia, y acaso el único, que le ha comprendido."

Termino aquí mi cita, de la que parece resultar que si á Richard le gustaban todos los músicos, él debía gustar á todos ellos. Digamos, para terminar este rápido retrato, que el señor Richard era lo que se ha convenido en llamar un autoritario, es decir, que tenía mal carácter.

Los primeros días que los dos socios pasaron en la Opera, estuvieron enteramente dedicados á la alegría de sentirse dueños de una tan vasta y hermosa empresa, y habían ciertamente olvidado la extraordinaria historia del fantasma, cuando se produjo un incidente que les probó que si había broma, esta broma no estaba terminada.

Richard llegó aquella mañana, á las once, á su despacho, y su secretario, Sr. Remy, le enseñó, media docena de cartas que él no había abierto porque llevaban la nota de "personales." Una de esas cartas llamó en seguida la atención de Richard, no sólo porque el sobre estaba escrito con tinta roja, sino también porque le pareció haber visto aquella letra en otra parte. No lo pensó mucho tiempo; era la letra roja con que se había completado tan extrañamente el pliego de condiciones; Richard conoció aquel aspecto infantil de palotes. La abrió y leyó:

"Querido director: dispénsame usted que venga á molestarle en estos momentos tan preciosos en que está usted decidiendo la suerte

de los mejores artistas de la Opera, renovando antiguos ajustes ó haciendo otros nuevos, todo con una seguridad de golpe de vista, con un conocimiento del teatro y una ciencia del público y de sus gustos, que ha estado á punto de admirar á mi antigua experiencia. Estoy al corriente de lo que acaba usted de hacer con la Carlota, la Sorelli y la pequeña James y con otras, cuyas cualidades, cuyo genio ó cuyo talento ha adivinado. (Ya sabe usted de quien hablo cuando escribo estas palabras; no es evidentemente de la Carlota, que canta como una jeringa y que no hubiera debido dejar los Embajadores ni el Café Jacquín; ni de la Sorelli, que tiene éxito sobre todo en los almacenes de coches; ni por la pequeña James, que danza como un ternero en una pradera. No es tampoco por Cristina Daé, cuyo genio es cierto, pero á la que usted deja cuidadosamente aparte de toda creación importante.) En fin, usted es libre de administrar su negocio como le parezca bien, ¿no es verdad? Con todo, desearía aprovechar la circunstancia de que no ha puesto usted aún en la puerta á la Daé, para oír la esta noche en la parte de "Siebel," puesto que le está prohibida la de Margarita desde su triunfo del otro día, y rogaré á usted que no disponga de mi palco, ni hoy ni los días siguientes; pues no terminaré esta carta sin confesar á usted lo desagradablemente sorprendido que me quedé al llegar á la Opera y encontrarme con que mi palco había sido vendido, en contaduría, "por orden de usted."

No protesté, primero porque soy enemigo del escándalo, y después, porque creía que sus predecesores,

Debienne y Poligny, que siempre han sido muy amables conmigo, se habían olvidado de hablar á usted, antes de marcharse, de mis pequeñas manías. Ahora bien, acabo de recibir la respuesta de esos señores á mi carta pidiéndoles explicaciones, y esta respuesta me prueba que está usted al corriente de "mi pliego de condiciones," y, por consecuencia, que se burla usted inicuamente de mí. "Si quiere usted que vivamos en paz, no debe empezar por quitarme mi palco." Prescindiendo de estas pequeñas observaciones, sírvase usted considerarme, querido director, como su humilde y obediente servidor.

Firmado, F. DE LA OPERA.

Esta carta estaba acompañada de un recorte de la cuarta plana de la "Revista Teatral," en el que se leía esto: "F. de la O.: R. y M. no tienen excusa. Los hemos prevenido y hemos dejado en sus manos su pliego de condiciones. Saludos."

Apenas Richard había terminado esta lectura, cuando se abrió la puerta de su despacho, y entró Moncharmin, con una carta en la mano absolutamente igual á la que había recibido su colega. Ambos se miraron y se echaron á reír.

—La broma continúa, dijo Richard, pero no le encuentro la gracia.

—¿Qué significa esto?... preguntó Moncharmin. ¿Piensan esos señores que, porque han sido directores de la Opera, vamos á darles un palco á perpetuidad?

Porque, para el primero como para el segundo, no cabía duda de que la doble misiva era el fruto de

la colaboración guasona de sus predecesores.

—No estoy de humor, sin embargo, de consentir que se burlen de mí mucho tiempo, declaró Richard.

—¡Es inofensivo! observó Moncharmin.

—En realidad, ¿qué es lo que quieren? ¿Un palco para esta noche?

Richard dió orden á su secretario de enviar el palco número 5, si no estaba vendido, á los señores Debiennie y Poligny.

No lo estaba, y les fué expedido inmediatamente. Debiennie y Poligny habitaban, el primero en la esquina de la calle de Scribe y del "bulevar" de Capucines, y el segundo en la calle Auber. Las dos cartas del fantasma de la Opera habian sido echadas al correo del "bulevar" de Capucines. Moncharmin lo echó de ver examinando los sobres.

—¿Lo estás viendo? dijo Richard.

Se encogieron de hombros y lamentaron que dos personas de aquella edad se divirtiesen aún con tan inocentes juegos.

—Bien mirado, hubieran podido ser mejor educados, hizo observar Moncharmin. ¿Has visto cómo nos trata á propósito de Carlota, de la Sorelli y de la pequeña James?

—¿Qué quieres? esa gente está enferma de envidia. . . . Cuando pienso que han llegado hasta pagar un anuncio en la "Revista Teatral" . . . ¿No tendrán otra cosa que hacer?

—Y á propósito, dijo aún Moncharmin, parece que se interesan mucho por la Daé. . . ¿De cuál de los dos era querida?

Sabes tan bien como yo que tie-

ne la reputación de ser honrada, respondió Richard.

—¡Se roba tan á menudo esa reputación! replicó Moncharmin. ¿No tengo yo la reputación de ser entendido en música, é ignoro la diferencia que hay entre la clave de sol y la de la?

—No has tenido nunca tal reputación, respondió Richard; tranquilízate.

Dicho esto, Richard dió orden al ujier de hacer entrar á los artistas que hacia dos horas se estaban paseando por el gran pasillo de la administración, esperando que se abriese aquella puerta detrás de la cual los esperaban la gloria y el dinero. . . ó la cesantía.

Todo aquel día se pasó en discusiones, negociaciones y firmas ó rompimientos de contrato; así es que no hay para qué decir que aquella noche, la noche del 25 de enero, nuestros dos directores, cansados de un duro día de cóleras, de intrigas, de recomendaciones, de amenazas y de protestas de amor y de odio, se acostaron temprano, sin tener siquiera la curiosidad de ir á echar una mirada al palco número 5, para saber si Debiennie y Poligny encontraban á su gusto el espectáculo. La Opera no habia holgazaneado desde la salida de los antiguos directores, y Richard habia hecho proceder á los trabajos necesarios sin interrumpir las representaciones.

Al día siguiente por la mañana, Richard y Moncharmin encontraron en su correspondencia, por una parte, una carta de gracias del fantasma, así concebida:

"Querido director:

"Gracias. Noche encantadora. La

Daé magnífica. La Carlota, soberbio y vulgar instrumento. Cuiden ustedes los coros. Escribiré á ustedes pronto para los 240,000 francos—exactamente 233,424 fr. y 70 céntimos,—pues los señores Debiennie y Poligny me han enviado los 6,575 fr. 30 de los diez primeros días de mi pensión de este año, puesto que su privilegio terminó el 10 por la noche.

"Su servidor,

F. de la O."

Y por otra parte, una carta de Debiennie y Poligny:

"Muy señores nuestros.

"Damos á ustedes las gracias por su amable atención; pero ustedes comprenderán fácilmente que la perspectiva de volver á oír "Fausto," por muy dulce que sea para unos antiguos directores de la Opera, no pueda hacernos olvidar que no tenemos ningún derecho á ocupar el palco número 5, que pertenece exclusivamente á "aquel" de que hemos tenido ocasión de hablar á ustedes, leyendo juntos, por última vez, el pliego de condiciones, último párrafo del artículo 63.

"De ustedes, atentos etc."

—¡Hombre! . . . me empieza á jeringar esta gente, declaró violentamente Richard, arrancando la carta de Debiennie y Poligny.

—Sí, esto se va volviendo una "lata", afirmó Moncharmin, guardando precipitadamente en la cartera la carta del fantasma.

—¿Guardas eso? preguntó Richard.

—Por curiosidad, respondió Moncharmin.

Aquella noche fué vendido el palco número 5.

Al día siguiente, al llegar á su despacho, Richard y Moncharmin encontraron un informe de un inspector acerca de los acontecimientos que habian ocurrido el día antes en el palco número 5. He aquí el pasaje esencial del informe, que era breve:

Me he visto en la necesidad, escribía el inspector, de llamar esta noche—el inspector escribía la vispera por la noche—á un guarda municipal, para hacer evacuar por dos veces, al empezar y en la mitad del segundo acto, el palco número 5. Los ocupantes, que habian llegado en el comienzo del segundo acto, estaban causando un verdadero escándalo con sus risas y sus reflexiones intempestivas. Por todas partes á su alrededor se gritaba: ¡Silencio! . . . y la sala entera comenzaba á protestar, cuando la acomodadora vino á buscarme; entré en el palco é hice oír las observaciones necesarias. Aquella gente no parecía estar en su juicio y me respondieron con palabras estúpidas. Les advertí que si se renovaba semejante escándalo, me vería forzado á hacerles evacuar el palco. No habia aún salido cuando oí nuevas risas y nuevas protestas de la sala. Volví con un guarda municipal, y los hice salir. Ellos protestaron, sin dejar de reír y dijeron que no se irían si no se les devolvía su dinero. Por fin se calmaron y los dejé entrar otra vez en el palco. Pero volvieron á empezar las risotadas y, esta vez, les hice expulsar definitivamente. Antes de dejar el teatro, dieron sus nombres. Entre ellos habia un periodista."

—¡Adiós! ya empiezan los fas-

tidios, exclamó Richard. "Que ha dicho que haría un artículo."— ¡Pardiez! exclamó Moncharmin. "Ese periodista se llama Máximo Defrance."—No le conozco, declararon en el coro Moncharmin y Richard, tranquilizados.

"Los otros cuatro son: el señor y la señora Darklay y su hija, calle de la Paix."

—¡Los Darklay! Pero los Darklay son incapaces de portarse de ese modo, dijo Moncharmin. Los conozco, y son gente muy correcta. ¿Qué quiere decir esto?...

"Y el señor Malpertuis."

—¡Malpertuis! exclamaron los dos directores; con tal de que no sea el Malpertuis de Bellas Artes... No, no, hubiera pedido una butaca ó un palco. Malpertuis no paga jamás su billete en ninguna parte... ¿Y si estaba invitado por los Darklay? ¡Diablo!

"El señor Malpertuis ha dicho que se quejaría á los directores."

—Que se haga venir al inspector, gritó Richard á su secretario que había leído el primero aquel informe y le había anotado con lápiz azul.

El secretario, señor Remy—veinticuatro años, fino bigote, distinguido, vestido elegantemente (en aquel tiempo levita obligatoria durante el día,) inteligente y tímido como el director, 2,400 francos de sueldo anual, pagado por el director—compulsa los periódicos, responde á las cartas, distribuye palcos y billetes de favor, concierda citas, habla con los que hacen antesala, busca reemplazantes, corresponde con los jefes de servicio, y es, ante todo, el cerrojo del despacho de la dirección, acaso sin compensación alguna y pudiendo ser echado á la calle de un día á

otro, pues no es reconocido por la administración. El secretario, pues, que había hecho ya llamar al inspector, da orden de hacerle entrar.

El inspector entra, un poco azorado.

—Cuéntenos usted lo que ha pasado, dice bruscamente Richard.

El inspector se embrolla en seguida y hace alusión al informe.

—Pero, en fin, ¿por qué se reía esa gente?... Preguntó Moncharmin.

—Señor director, parecía que habían comido bien, y estaban más dispuestos á bromear que á oír buena música. Ya al llegar, no bien habían entrado en el palco, llamaron á la acomodadora y le dijeron: "Mire usted el palco; no hay nadie, ¿verdad?...". "No, respondió la acomodadora." "Pues bien, afirmaron, cuando hemos entrado, hemos oído una voz que decía "que había alguien."

Moncharmin no pudo mirar á Richard sin sonreír; pero Richard no se reía. Había trabajado mucho en el género para no reconocer, en el relato que le hacía, lo más cándidamente del mundo, el inspector, todas las señas de una de las bromas pesadas que emplezan por divertir á los que son víctimas de ellas, pero acaban por hacerles rabiar.

El inspector, para hacer la corte á Moncharmin, creyó que debía sonreír también. ¡Desgraciada sonrisa! La mirada de Richard le hirió como un rayo y se hizo pasar en seguida una cara horriblemente consternada.

—En fin, cuando llegaron esas personas, ¿no había nadie en el palco? preguntó gruñendo el terrible Richard.

—Nadie, señor director, nadie.

Ni en el palco de la derecha ni en el de la izquierda, nadie, lo juro. ¡Pondría las manos en el fuego!... La acomodadora me lo ha repetido, lo que prueba que todo esto no es más que una broma.

—¡Ah! usted conviene en ello, dijo Richard, usted conviene en ello... ¡Es una broma! ¿Y usted la encuentra chistosa, sin duda?

—Señor director, la encuentro de muy mal gusto.

—¿Y qué dice la acomodadora?

—¡Bah! para ella es muy sencillo: dice que es el fantasma. ¡Y en ese caso!...

Y el inspector tomó una expresión de sarcasmo. Pero otra vez comprendió que había hecho mal, pues apenas había pronunciado esas palabras: "Dice que es el fantasma," cuando la cara de Richard, de sombría que estaba, se volvió feroz.

—Que vayan á buscarme á la acomodadora! rugió. ¡En seguida! ¡En seguida! ¡Que me la traigan! ¡Y que se ponga á toda esa gente en la puerta!

El inspector quiso protestar; pero el director le cerró la boca con un terrible: "Cállese usted!" Después, cuando los labios del infeliz subordinado parecieron cerrados para siempre, el director ordenó que se abriesen de nuevo.

—¿Qué es eso del fantasma de la Opera? se decidió á preguntar dando un gruñido.

—¿Qué el inspector estaba ya incapaz de decir palabra é hizo entender por una mímica desesperada que no sabía nada, ó más bien, que no quería saberlo.

—¿Usted le ha visto, al fantasma de la Opera?

Con un gesto enérgico de la ca-

beza, el inspector negó haberlo visto jamás.

—¡Tanto peor! declaró friamente Richard.

El inspector abrió unos ojos enormes, que se le salían de las órbitas, para preguntar por qué el director había pronunciado aquel siniestro: ¡tanto peor!

—Porque voy á echar á la calle á todos los que no le han visto, explicó el director. Puesto que está en todas partes, no es admisible que no se le vea en ninguna. ¡Quiero que todo el mundo haga su servicio!

V

CONTINUACION DEL "PALCO NUM. CINCO."

Después de decir esto, Richard no se ocupó más del inspector y trató diferentes negocios con su administrador, que acababa de entrar. El inspector había pensado que podía marcharse; y muy despacio, muy despacio, andando hacia atrás, se había ido aproximando á la puerta; pero Richard echó de ver la maniobra y le clavó en su sitio con un aterrador: ¡No se mueva usted!

Por orden del señor Remy, se había ido á buscar á la acomodadora, que era portera en la calle de Provence, á dos pasos de la Opera, y pronto estuvo en el despacho de la dirección.

—¿Cómo se llama usted?

—Madama Giry. Usted me conoce bien, señor director: soy la madre de Giry, de la pequeña Meg...

Fué esto dicho en un tono tan rudo y tan solemne, que impresionó un instante á Richard. El di-